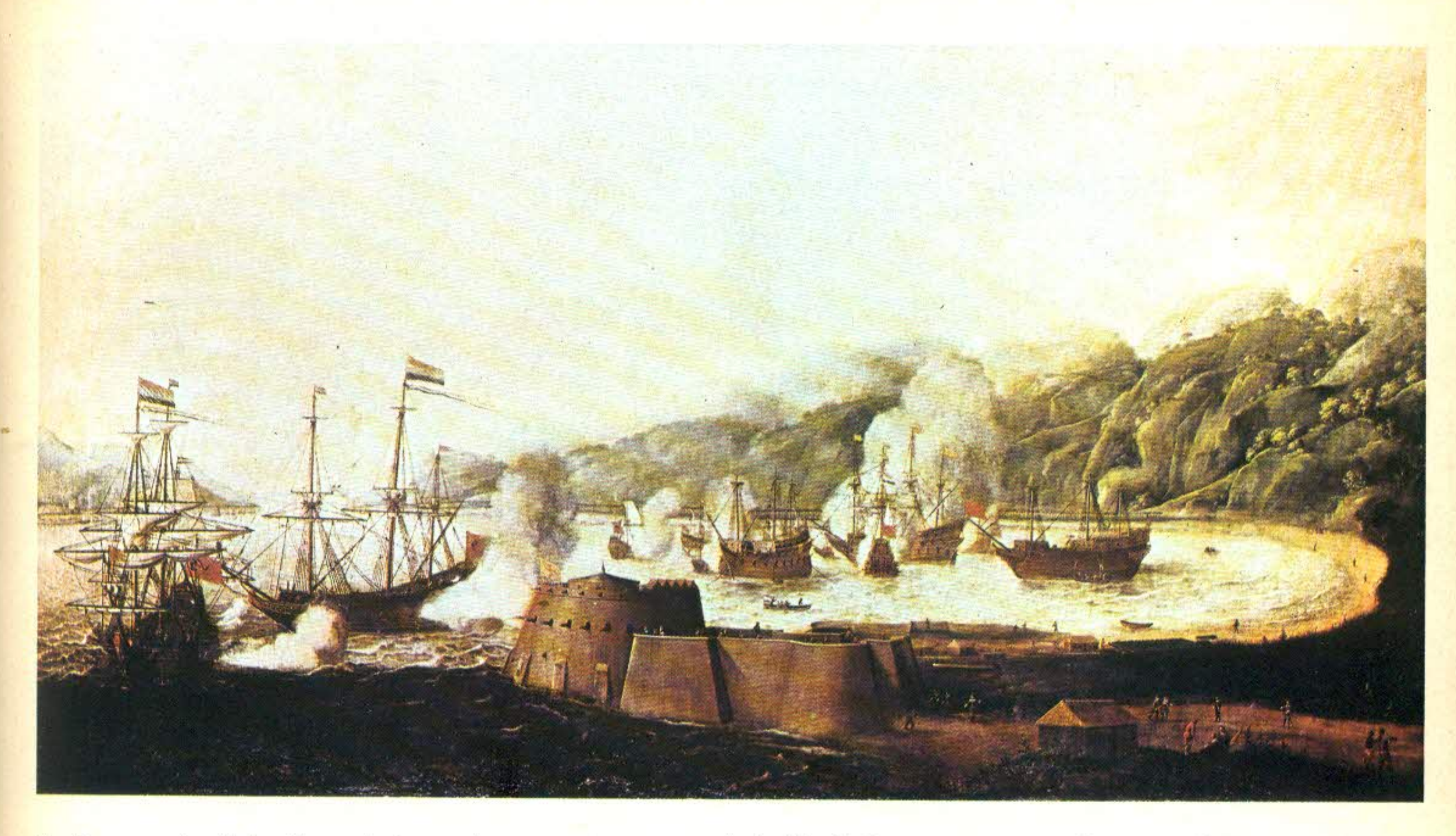
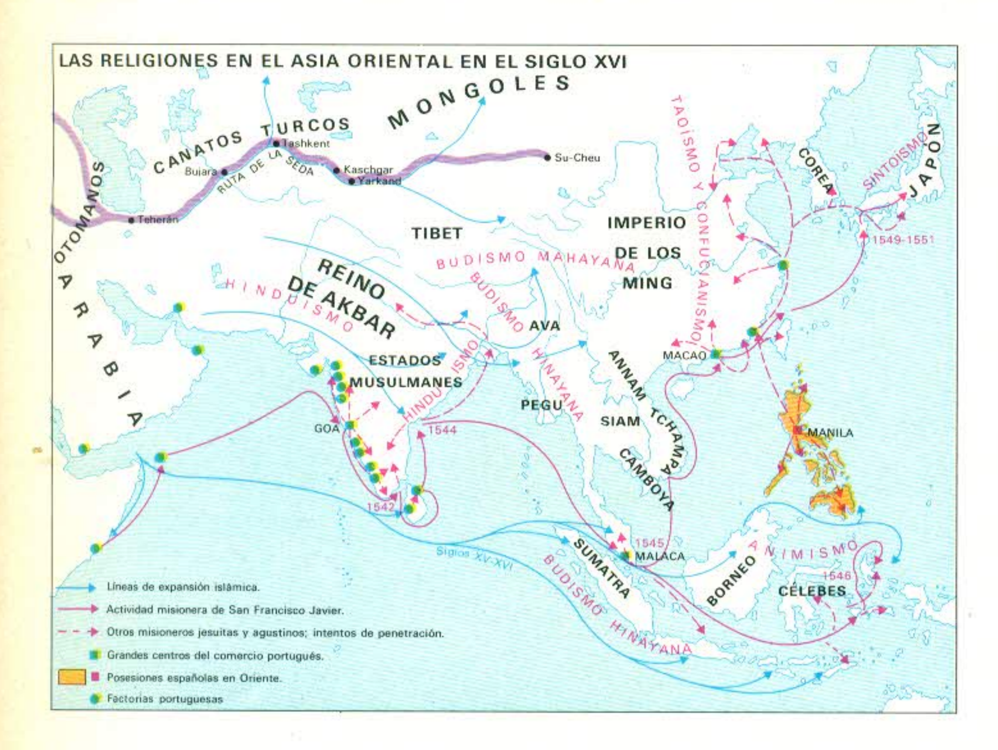


Captura, por los holandeses, de tres galeones portugueses en la bahía de Goa, por H. van Anthonnisen (Rijksmuseum, Amsterdam). Los mongoles de la India tropezaron siempre con la dificultad de no poseer nunca el dominio del mar, que durante el siglo XVII estuvo en manos de holandeses, franceses e ingleses.

Extremo Oriente durante la Edad Moderna

por JOSE FLORIT

Como hemos visto en el capítulo anterior, el reinado de Aurangzeb marca el final de los gloriosos Grandes Mongoles. Con él surgió de nuevo el enfrentamiento de musulmanes e hindúes, apaciguados desde el reinado de Akbar. De esta manera se precipita la decadencia del poder mongol. "Acelerada por los errores de los soberanos, la desintegración del Imperio tiene, sin embargo, profundas motivaciones de carácter social. La monarquía está minada por la indisciplina de la aristocracia sobre la que se apoya. Los servidores del estado, retribuidos con el disfrute de feudos, muestran el egoísmo tradicional de las aristocracias feudales; al carecer de una concepción elevada del estado, intentan liberarse de toda autoridad desde el momento en que ésta comienza a debilitarse. Guerras continuas los oponen entre sí. Una natalidad demasiado grande, multiplicada por la poligamia, acentúa las envidias entre las familias y en el interior de ellas, demasiado numerosas para que sea posible el éxito personal y el alcanzar una situación estable para los hijos. En estas familias demasiado numerosas, los repartos de las herencias conducirán a un rápido empobrecimiento; la fortuna sólo puede conservarse mediante luchas de conquista en las que los más valientes o los más afortunados eliminan a sus rivales. En la sociedad india, este régimen conduce a violencias y a exterminaciones, a





El príncipe Azam Sha, hijo del emperador Aurangzeb (miniatura de hacia 1680; Victoria and Albert Museum, Londres). Los sucesores de Aurangzeb, carentes de la personalidad de los primeros Grandes Mongoles, fueron perdiendo su preponderancia en la India en favor de otras fuerzas aparecidas en aquel inmenso territorio: los shiks y los marathas.

un irremediable desorden. Puede señalarse como en la misma época la sociedad occidental obtiene una estabilidad mayor gracias a la monogamia y a ciertas formas de celibato, sobre todo el celibato eclesiástico, que frenan la expansión demográfica de la aristocracia."

Otros defectos estructurales contribuyen a minar la brillante fachada que presenta el Imperio mongol. El poderío militar en tierra, superior a cualquiera que pueda oponérseles en la India, no está acompañado de un dominio del mar equivalente. El océano Índico está, durante el siglo XVII, en manos de holandeses, franceses e ingleses, que se disputan su soberanía. De esta forma, el gran comercio quedaba en manos de extranjeros que, continuando la tradición portuguesa, se establecerán en factorías a lo largo de la costa.

Los factores de disolución a finales del siglo XVII acabarán siendo los más fuertes y permitirán a diversas partes del Imperio escapar a la soberanía del Gran Mongol. En el Penjab, una comunidad religiosa fundada en el siglo XVI se transformó en una casta de guerreros, los shiks, que desde principios del XVIII se enfrentó con éxito a los mongoles, llegando a dominar todo el Penjab.



Dos danzarinas hindúes del Rajastán (Museo Etnológico, Barcelona).

UNA REACCION HINDU FRENTE AL ISLAM: LOS SHIKS

El monoteísmo musulmán, que se oponía al panteísmo brahmánico, contribuyó a desarrollar los elementos unitarios latentes en el hinduismo desde los "Upanishads". Desde mediados del siglo XV se desarrolló un movimiento en pro de una mayor pureza religiosa. Los reformistas se oponían a la idolatría, al politeísmo y al formalismo que se habían adueñado de la religión brahmánica. Exaltaban la independencia de los fieles frente a las imposiciones de los sacerdotes y abogaban por una relación personal entre la divinidad y los individuos.

De acuerdo con estas ideas, Nanak, un indio de la casta de los guerreros, los *kshatryas,* predicó una nueva doctrina en la que sublimaba la religión hindú, adoptando algunos elementos islámicos. Según ella, los profetas musulmanes y las encarnaciones divinas de los hindúes, como Visnú, no eran sino enviados de Dios para instruir a la humanidad. Dios era un ente trascendental, creador del mundo y, por lo tanto, anterior a él, distinto del universo, al que trascendía. Las relaciones entre Dios y el hombre eran naturalmente amistosas, pero sólo los elegidos podían reunirse con El. La gracia divina dependía de la voluntad del Ser Supremo. Sólo los predestinados podían llegar a alcanzarla. No obstante, las buenas obras y la voluntad del hombre eran necesarias para que la gracia surtiera efecto. El valor de las buenas acciones estaba en función de su finalidad. Los que obraban bien para obtener recompensa, aun de tipo espiritual, no eran capaces de actuar desinteresadamente y, en consecuencia, su muerte no podía conducir a la unión con Dios. No obstante, si su actuación había estado ajustada a las normas morales, el alma, después de la muerte, trasmigra a otro cuerpo, y en su nueva vida hallará condiciones más favorables para el desarrollo de la vida espiritual. Cuando ésta alcanza su grado máximo, esto es, cuando es capaz de realizar acciones buenas de forma desinteresada, sin esperanzas de recompensa, sólo por amor de Dios, la muerte significa alcanzar el Nirvana, la unión del hombre con el Creador, la fusión de la conciencia individual en la conciencia divina universal.

De estas creencias se derivan dos importantes consecuencias de orden social. En primer lugar, la exigencia de desinterés para que las acciones fueran meritorias dejaba sin valor todos los ritos y sacrificios de carácter religioso, que precisamente se realizaban para obtener el favor de los dioses. Las prohibiciones, los tabús religiosos, desaparecían por los mismos motivos. Así, los *shiks* podían comer carne, como los musulmanes, sin abandonar el hinduismo. Esta era una gran ventaja en un país donde buena parte de la población estaba subalimentada.

En segundo lugar, la igualdad esencial de todos los hombres ante Dios, pues la salvación depende de la voluntad divina y de las acciones de cada individuo, dejaba sin sentido la separación en castas típica de la sociedad india. Los parias y los miembros de las castas inferiores debían sentirse atraídos por una religión que tenía como dogma la igualdad fundamental de todos los miembros de la raza humana.

Los nuevos adeptos a las ideas de Nanak fueron cada vez más numerosos. Esto multiplicó el número de los *shiks,* quienes, bajo la dirección de los continuadores de Nanak, los *gurus,* pronto intentaron que la igualdad teológica de los hombres se reflejase en la vida terrenal. De esta manera, los *shiks* pasaron de la religión a la política.

Para oponerse a la supremacía de los musulmanes, desarrollaron una organización militar, un ejército, que pronto pudo enfrentarse a las tropas imperiales. Los guerreros de los *shiks* tomaron el nombre de *singhs,* los leones, y adoptaron una serie de características en el vestuario y el armamento que, todavía hoy, permite distinguirlos del resto de la población india. La espada, un brazalete de acero, los cabellos largos, un peine y unas calzas cortas eran imprescindibles en la indumentaria de estos guerreros.

"En pie desde el alba, tras las abluciones, leían los himnos de los *gurus* y meditaban sobre el Creador. Debían prescindir de las supersticiones hindúes: los peregrinajes, los infanticidios, el sacrificio de las viudas en la pira funeraria del marido. Podían comer carne de animales muertos de un solo golpe por un shik, pero evitaban el vino, el tabaco y los estimulantes. Su estimulante era el fervor religioso, excitado por el canto de himnos, por la repetición del nombre de Dios con amor y devoción, por las buenas acciones, pues 'sin buenas acciones nadie puede salvarse', y también por la creencia en la predestinación, que los hacía muy valerosos en las batallas" (Mousnier).

Los éxitos que los guerreros *shiks* obtuvieron en la lucha contra los musulmanes permitió a uno de sus *gurus,* Gobind Singh, transformarse en el campeón del nacionalismo hindú. A fines del siglo XVII era prácticamente independiente y sus dominios se extendían desde Djumna hasta Sittledj. A pesar del origen, en parte heterodoxo, de la secta, los *shiks* representaban la revuelta de la religiosidad hindú frente al Islam.

J. F.

En 1764, los shiks tomaron Lahore y de esta manera controlaron la región del noroeste de la India.

En el Deccan, los gobernadores de las diversas provincias *(nababs),* aunque mantienen la ficción de la fidelidad al soberano, son de hecho independientes.

En este estado de descomposición, un principado, el de los marathas, llegará a trasformarse en la primera potencia de la India. El territorio de los marathas se extien-



El templo de Oro de Amritsar, fundado por los shiks bajo la tolerancia de Akbar. La secta de los shiks constituyó una de las reacciones del espíritu hindú en contra del Imperio de los mongoles.



Caballero mongol (Museo Etnológico, Barcelona).

de al sur y al norte de Bombay. Desde mediados del siglo XVII, un príncipe de los marathas consiguió dominar todas las fortalezas que desde las cimas de los montes Ghates vigilan el país. Este príncipe, Sivaji, fue el creador del reino autónomo de los marathas. Apoyándose en unas tropas especialmente aptas para la lucha de guerrillas, en un territorio sumamente montañoso, tuvo a raya a los mongoles y se convirtió en el campeón de la causa hindú frente a los musulmanes. Su herencia será recogida en 1714 por los peshvas, suerte de mayordomos de palacio, que conseguirán crear el Imperio maratha, que sustituirá a los mongoles en el dominio de la India.

En 1740, la potencia del Imperio maratha es tan grande, que la supervivencia de los soberanos mongoles constituye una pura ficción. De hecho, sólo subsisten tres grandes potencias capaces de dominar la India. Una es autóctona, el Imperio de los marathas. Las otras dos, potencias europeas, Francia y Gran Bretaña. Inglaterra consiguió eliminar a Francia como competidora en el Índico y, paralelamente, el Imperio de los marathas fracasaba en un nuevo intento de unificar la India. La situación de equilibrio resultante permitió a los ingleses desempeñar el papel de árbitros entre los distintos principados indios. La labor de Wellesley,

La fortaleza de Lahore, ciudad ocupada por los shiks a mediados del siglo XVIII, con lo que dominaron toda la región noroeste de la India.

gobernador de la Compañía de Indias de 1789 a 1806, fue transformar este papel de árbitros en el de dominadores; fue el de crear el Imperio británico de la India.

Durante la segunda mitad del siglo XIV, los mongoles fueron expulsados de la China. La dinastía Ming encarnó el espíritu nacionalista que había presidido la revuelta contra la dominación mongol. Consumada ésta, los primeros emperadores independientes reanudaron la política expansionista que había caracterizado a las grandes dinastías Hang y Tang. Corea, Manchuria, Mongolia, el Tíbet y la Indochina fueron dominados por los primeros Ming, Hang-Wu (1368-1404) y Young-Lo (1404-1424). Durante el reinado de este último, en 1421, se trasladó la capital a Pekín y se inició la restauración de la gran muralla con objeto de defender la frontera norte.

Entre 1400 y 1430, los emperadores organizaron una serie de expediciones marítimas que, por Occidente, alcanzaron las costas de África, abrieron nuevas rutas comerciales y pusieron en marcha una corriente migratoria del pueblo chino hacia el Asia del Sudeste. Paralelamente, las estepas ocupadas

Personaje bengalí (detalle de un rollo procedente de esta región india; Museo Etnológico, Barcelona).



ROBERT CLIVE Y LA INSTAURACION DE LA HEGEMONIA INGLESA EN LA INDIA

Los primeros intentos para transformar las factorías comerciales europeas en un imperio político se debieron a S. F. Dupleix, gobernador de la Compañía francesa de Indias. Hasta que Dupleix ocupó el cargo, los gobernadores de la Compañía habían atendido exclusivamente a asuntos de tipo comercial, prescindiendo de toda actuación de carácter político. Pero la defensa de los intereses comerciales supuso una actividad diplomática y militar tan intensa, que enfrentó a los colonos ingleses y franceses en una lucha a la que se vieron arrastrados sus respectivos aliados indios.

Durante la guerra de Sucesión a la corona austríaca (1743-1748), el enfrentamiento anglo-francés en los campos de batalla europeos tuvo su versión oriental en las guerras de la India.

Dupleix consiguió defender con éxito los intereses franceses e incluso tomó Madrás en 1746. Las operaciones militares pusieron de manifiesto la superioridad de la estrategia europea. Dupleix se dio cuenta de lo fácil que resultaría para un pequeño ejército, equipado y entrenado a la manera occidental, imponerse a los príncipes territoriales indios. Cuando el tratado de Aquisgrán puso fin a la guerra franco-inglesa, Dupleix aprovechó la paz para extender las posesiones francesas a costa del Imperio mongol, ya en franca descomposición.

En 1750, los franceses eran prácticamente los dominadores de todo el Deccan. Los impuestos recaudados en estos territorios proporcionaban a la Compañía unos ingresos mucho más regulares y mucho más seguros que el comercio. Pero el dominio de territorios extensos implicaba también cuantiosos gastos para desarrollar una estructura administrativa y una organización militar que garantizara su defensa. Estos inconvenientes inclinaban a los rectores de la Compañía francesa a una política tradicional, opuesta al expansionismo preconizado por Dupleix. La situación de éste al frente de los destinos de la Compañía se hizo cada vez más difícil. Sólo la continuidad en los éxitos podía mantenerlo en su puesto.

En 1752, un nuevo jefe inglés, Robert Clive, que se había enfrentado en varias ocasiones a los príncipes indios aliados de los franceses, se enfrentó directamente con las tropas coloniales francesas y las derrotó en la batalla de Tiruchirapalli. Dupleix fue desposeído de su cargo a causa de esta derrota y su obra se desmoronó con tanta rapidez, que a su muerte, en 1763, Francia había dejado de contar como potencia política en la India.

El vencedor de Dupleix, Robert Clive, hizo suya la política expansionista de su enemigo, sólo que en favor de Inglaterra, naturalmente.

Después de la batalla de Tiruchirapalli, continuó hostigando a los aliados de los franceses, hasta que una nueva guerra europea, la guerra de los Siete Años (1756-1763), enfrentó otra vez directamente a británicos y franceses. Durante esta guerra, el nabab de Bengala, prácticamente independiente de la soberanía del Gran Mongol, atacó a los ingleses y consiguió tomar Calcuta, su principal factoría. Ciento cuarenta y seis soldados británicos fueron encerrados en una casa sin ventilación, el Pozo Negro, y perecieron a causa de la asfixia. En la batalla de Plassey (1757), las tropas británicas obtuvieron una victoria que a la vez vengaba la muerte de los prisioneros de Calcuta y abría las puertas de Bengala a la dominación británica. Dos años después, la Compañía inglesa obligaba al Gran Mongol a entregarle la administración financiera de este territorio. Bengala se transformó así en la base del poderío inglés en la India.

Los franceses, aunque habían renunciado a una política expansionista, difícilmente podían tolerar que Inglaterra se transformase en la potencia hegemónica de la India. Si esta circunstancia llegaba a producirse, era de suponer que acabaría con el tráfico comercial galo en aquellos mares. Un cuerpo expedicionario desembarcó en Pondichery y atacó a los ingleses. Al principio, las armas fueron favorables a Francia. En diciembre de 1758, el ejército francés ponía sitio a Madrás. Pero en poco más de un año Clive logró darle la vuelta a la situación. La batalla de Wandiwash, ganada por los británicos, permitió a éstos atacar Pondichery, que fue destruida tras la capitulación de las tropas francesas. La victoria británica fue completa.

A pesar de que el tratado de París (1763), que puso fin a la guerra, devolvió cinco factorías a los franceses, la Compañía de la India no pudo sobrevivir a la derrota militar. Por su parte, China supo aprovechar las circunstancias favorables para extender su poder sobre Bihar y Orissa. Pero, como había sucedido en Francia con Dupleix, la política expansionista de Clive no era aprobada por el gobierno inglés ni por los dirigentes de la compañía británica. En la adquisición de nuevos territorios Clive había obrado por cuenta propia y, a pesar de sus éxitos, al regresar a Inglaterra fue sometido a un proceso. Aunque fue absuelto de la acusación que pesaba sobre él —haber cobrado impuestos en provecho propio—, el proceso acabó con el equilibrio mental de Clive. En 1774, el vencedor de las luchas coloniales en la India se suicidó. Pero la obra iniciada por él había de tener continuidad. Hastings y Wellesley, los sucesores de Clive, hicieron de la India el dominio más importante del Imperio británico.

J. F.



por los mongoles fueron objeto de intentos colonizadores a partir de la China del Norte.

Hacia 1500 aproximadamente, la expansión china se vio frenada. Una secuela de epidemias, inundaciones y malas cosechas señala el cambio de coyuntura. China pasó a la defensiva. Los pueblos que se encontraban junto a las fronteras del Imperio supieron aprovechar la nueva situación. Durante el reinado de Kia Tsing, cuyas dotes como poeta sobrepasaron en mucho su capacidad como gobernante, fueron frecuentes las incursiones de los mongoles de Altán, que forzaron las fronteras y llegaron a alcanzar Pekín. En 1592 serán los nipones los que se enfrenten con éxito a las tropas chinas en Corea. Sólo la debilidad interna del Japón detuvo su ataque contra el Imperio. La respuesta de China ante estas presiones consistió en replegarse sobre su territorio histórico e intentar olvidar al mundo exterior.

Así pues, el carácter más acusado que presenta la civilización de China durante los siglos XVI y XVII es el de retraimiento sobre sí misma, de autolimitación a lo puramente tradicional, con el consiguiente olvido del mundo exterior. Precisamente en el momento en que, tras el despliegue renacentista, Europa occidental se vuelca hacia el exterior, en busca de nuevos territorios, China abandona la política expansionista que había caracterizado los últimos siglos de la Edad Media. A partir de 1431 se acaban las expediciones hacia el estrecho de Ormuz y se reclaman por última vez los tributos de los principados de Java, Sumatra, Ceilán y de la costa malabar. La dinastía de los Ming, que en 1368 había conseguido derrotar a los mongoles, muestra ya señales de decadencia. El nacionalismo extremo, en el que el desprecio por lo extranjero no está exento de cierto temor, llevará a los chinos a olvidar que existe un mundo más allá de sus fronteras. Desde mediados del siglo XV se prescindirá incluso de la política de colonización de las tierras del Norte, de las estepas de los mongoles.

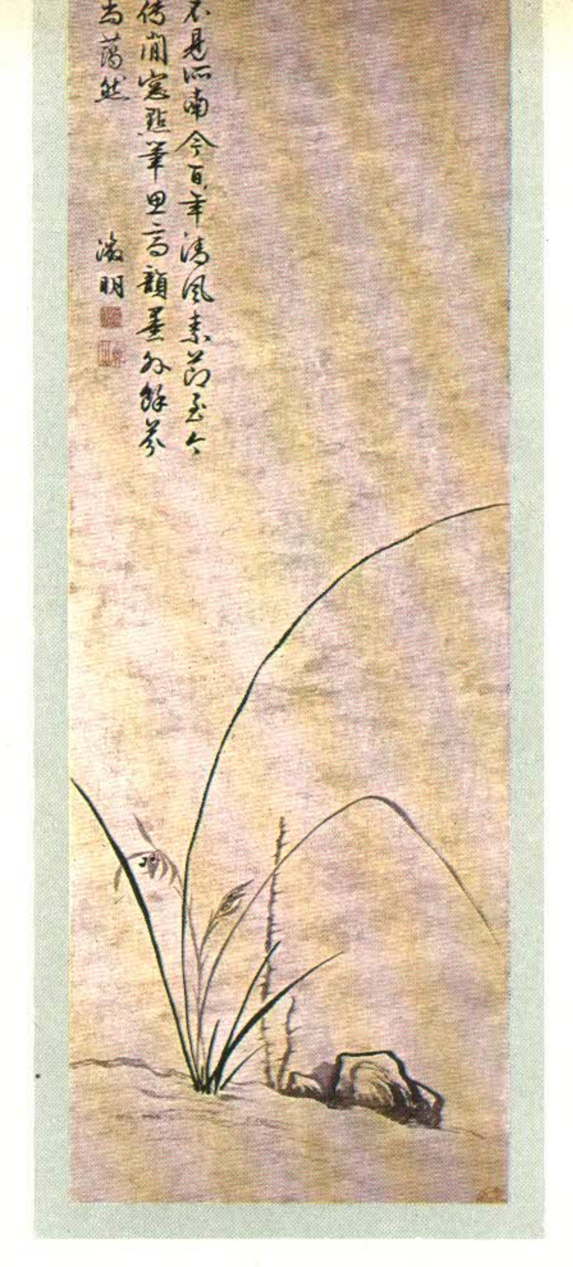
Encerrada en sus fronteras históricas, la población china experimentará un crecimiento fabuloso durante estos siglos. En 1500, la población total puede cifrarse en torno a los 50 millones. En 1662 ha rebasado los

Barcos de la Compañía inglesa de las Indias, fondeados en el Támesis, Londres. Algunos miembros de esta Compañía, como un poco antes los de la francesa, comprendieron los beneficios que reportaría la transformación de las factorías comerciales de la India en imperio político.

100 millones. Un crecimiento demográfico tan desmesurado, que no fue acompañado de un aumento de las tierras cultivables, provocó una serie de crisis y sublevaciones debido a las hambres que periódicamente azotaron al país. La introducción de nuevos cultivos de alto rendimiento, como el maíz, la batata y los guisantes, y la explotación intensiva de la tierra, con el uso de abonos naturales y la rotación de cultivos, no pudieron paliar el desequilibrio existente entre la población y los recursos alimenticios. Por esto la imagen estática que durante estos dos siglos presenta la China de fronteras para fuera no corresponde en absoluto a la intensa dinámica que conmueve a la sociedad china durante este mismo período.

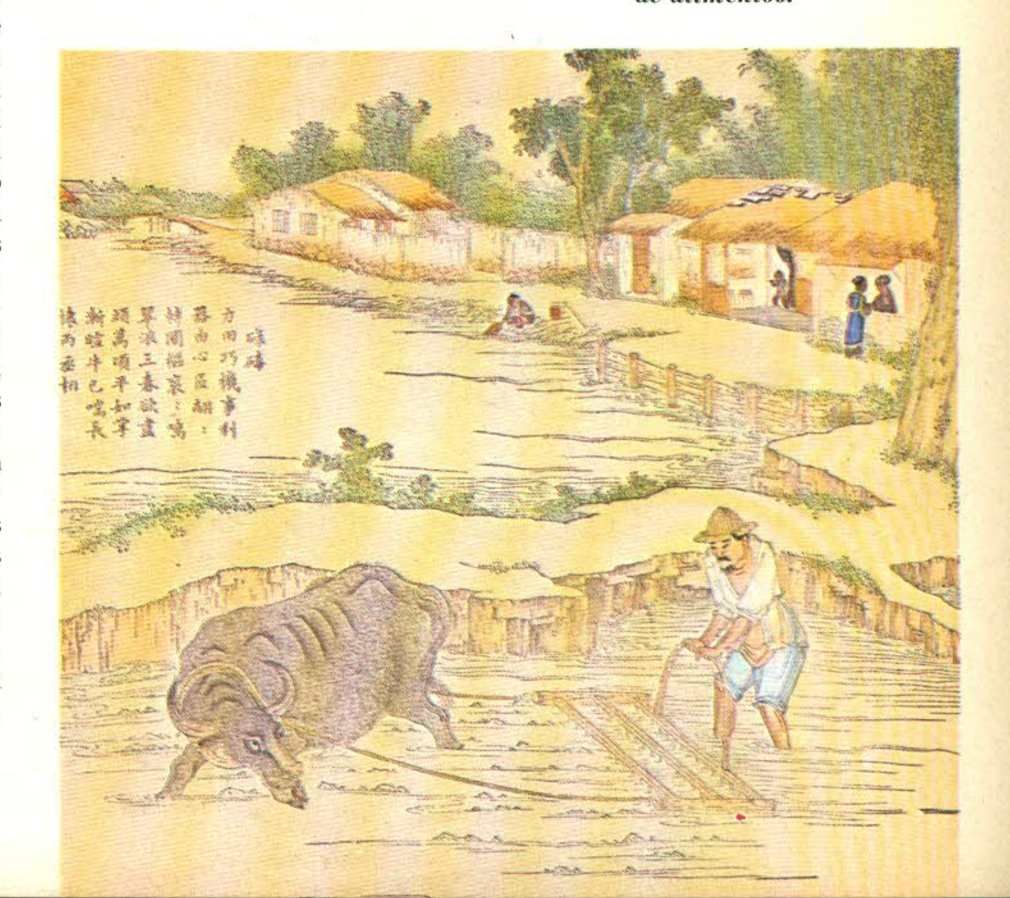
Esta situación comprometida coincide con un período de decadencia de las instituciones imperiales. Los Ming de esta época viven recluidos en su corte, sin contactos con el exterior, repitiendo en la cima de la pirámide social la situación de aislamiento que caracteriza a toda la nación. Las intrigas palatinas, propias de la vida de harén, donde mujeres y eunucos intentan hacerse con los favores del soberano y garantizar una sucesión que les sea propicia, crean un clima que todavía aísla más a los emperadores. Quienes realmente gobiernan son los altos funcionarios; de ahí la importancia de estos cargos. La alta nobleza se encuentra enzarzada en una lucha continua con los eunucos y los funcionarios de palacio, que, además del favor del soberano, intentarán buscar el apoyo de las clases burguesas.

El desarrollo de la burguesía se vio favorecido por una serie de factores diversos. El aumento de población, los gastos de la corte y de los príncipes feudales, el aumento del comercio del algodón y la especulación con los productos alimenticios proporcionaron abundantes ocasiones de lucro. Por otra parte, el sistema de "oposiciones" seguido para cubrir los cargos públicos permitió a la burguesía alcanzar posiciones políticas que respaldarán su supremacía económica. "La nueva burguesía orientó a sus hijos hacia los concursos (para proveer funcionarios) en los que hasta entonces los vástagos de la nobleza eran los únicos candidatos. Los Ming habían regulado los estudios y las pruebas... Los admitidos... podían obtener un puesto de mandarín, encargado de los asuntos locales. Los que ambicionaban las más altas dignidades oficiales, tras otros tres años de estudios se presentaban a la última prueba en el palacio imperial de Pekín, donde realizaban un ensayo sobre problemas de carácter político: la irrigación, la agricultura, la colonización, la moneda, el ejército, la educación."



Piedra y flor, por Wentcheng-Ming (Museo Guimet, París).

El cultivo del arroz (Biblioteca Nacional, París). La China de los Ming, que conoció una explosión demográfica fabulosa, no supo compensar, aun introduciendo nuevos cultivos, el desequilibrio existente entre la población y la producción de alimentos.



Armario laqueado de finales de la dinastía Ming o principios de la manchú (Museo Guimet, París).



La continua situación de rivalidad y lucha por el poder entre las clases más elevadas, el desarrollo desmesurado de la burocracia y la creciente inflación, en parte fruto del desenfrenado lujo de la corte y de la nobleza feudal, contribuyeron a gravar las cargas que pesaban sobre las clases bajas, sobre el campesinado especialmente. La suerte de éste empeoró progresivamente y, en algunas regiones o durante algunos períodos de cosechas pobres, muchos campesinos optaron por el abandono de la tierra y se trasformaron en bandoleros rurales o más simplemente en mendigos.

El éxito alcanzado por ciertas formas de vida religiosa, de carácter ascético como el budismo amidista, o místico como el taoísmo, no es extraño al deseo de escapar a una realidad a menudo demasiado dura.

Este estado de cosas condujo durante el siglo XVII a una crisis crónica en la que

Horno de porcelanas de la época Ming (Biblioteca Nacional, París).

cada uno de los diversos grupos sociales intentaba imponerse a los demás, o por lo menos defender su supervivencia. Los funcionarios, enfrentados a los eunucos de palacio y a la nobleza, se coligaron en una academia de letrados que no era sino un partido político encubierto. La nobleza, por su parte, organizó una serie de sociedades secretas que recurrieron a toda clase de medios para conseguir sus fines. En conjunto, una auténtica guerra civil, con múltiples facetas, dividía al país. El Imperio carecía de la fuerza suficiente para garantizar la paz interna y, pronto, para asegurar la seguridad de las fronteras. Esta situación fue aprovechada por un pueblo procedente de las estepas, los manchúes.

Desde el siglo XVI, los manchúes, establecidos junto a la frontera del norte de China, habían adoptado progresivamente formas de la cultura de sus vecinos, transformando su régimen de vida nómada en sedentaria gracias al desarrollo de la agricultura. A principios del siglo XVII, un príncipe manchú, Nurhachi, consiguió unificar las diferentes tribus y organizarlas a la manera china. En la federación lograda por Nurhachi, además de las tribus manchúes fuertemente influidas por la cultura china, se contaban elementos de origen mongólico, coreano y aun chinos establecidos en Manchuria durante los intentos de colonización realizados en la Edad Media.

Esta poderosa coalición, situada a las puertas de China, pero en un territorio mucho más pobre que el del Imperio, difícilmente podía escapar a la tentación de hacerse con los dominios del Hijo del Cielo. La adaptación de los manchúes a la cultura china había sido lo suficiente para hacerles apreciar los beneficios de la civilización del Sur, pero no había llegado a mermar las cualidades bélicas propias de los nómadas.



Cerámica blanca y azul de la época Ming (Museo Guimet, París).

Avenida que conduce a las tumbas de los emperadores de la dinastía Ming.

FORMACION DEL IMPERIO MANCHU (1583-1715)

1583 El Imperio manchú es unificado por Nurhachi.
1616-1626 Nurhachi se proclama khan de los manchúes.
1625 Mukden, capital del Imperio manchú.
1627-1643 Abahai, hijo de Nurhachi, somete Corea y la Mongolia interior.
1629-1636 Expediciones por el norte de China.
1631-1644 Sublevación de Li-Tsu-cheng en China, contra los Ming.
1636 Abahai instituye la dinastía Ch'ing.
1644 Expediciones de rapiña de Li-Tsu-cheng por el norte de China: toma de Pekín. El general chino Wu-San Kuei solicita ayuda a los manchúes, que vencen a Li-Tsu-cheng y entran en Pekín como aliados de los Ming. Los manchúes ocupan casi sin lucha el norte de China. Ch'ung-chen (1628-1644), último emperador Ming, se ahorca.
1644-1662 Shun-chi, primer emperador manchú de la China. Bajo su reinado, y por acción del príncipe regente Dorgon, la dominación manchú se extiende al sur del país.
1662-1722 K'ang-hsi asciende al trono a los ocho años. En una serie de expediciones militares, los manchúes vencen a los últimos partidarios de los Ming. Apogeo del Imperio manchú; ya no se emplea la lengua manchú, ni siquiera entre los conquistadores.
1683 Formosa es ocupada.
1686 Tratado fronterizo con Rusia, que fija la frontera en Manchuria.
1688-1751 Expediciones contra Mongolia (príncipe Galdan) y Tíbet, que es sometido a protectorado.
1690-1696 Campaña del emperador K'ang-hsi contra los mongoles occidentales. Conquista de Mongolia.
1715 Sublevaciones en Mongolia occidental: Tse-wang Araptan, nombrado khan por los chinos, se subleva contra ellos. Las guerras se extienden al Turquestán y acaban con la conquista completa de Mongolia.



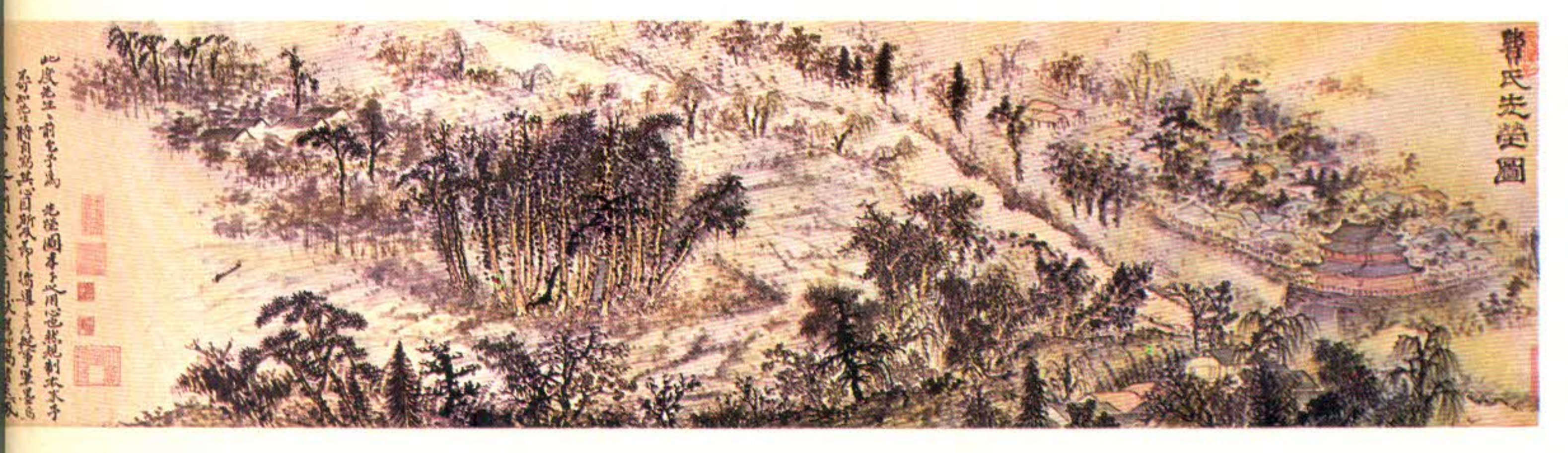
Plato manchú correspondiente a la llamada "familia verde", de la época Kang-shi (Museo Guimet, París).

A principios del siglo XVII, los manchúes habían realizado varias incursiones forzando las fronteras de China e incluso, en 1629 y 1634, llegaron a amenazar Pekín. Pero la invasión definitiva se produjo en 1644 y estuvo facilitada por una de las crisis que de forma crónica agitaban el Imperio. La sublevación de un caudillo popular en la provincia de Tse-Chuan consiguió derrocar al emperador. Para oponerse a ella, el general encargado de la defensa de la frontera norte solicitó la ayuda de los manchúes.

Estos consiguieron acabar con los sublevados, pero, conscientes de que ninguna fuerza era capaz de oponérseles en China, decidieron explotar su victoria en beneficio propio. Chuen-Tchi, el jefe de la expedición, se proclamó emperador, inaugurando así la dinastía manchú en el trono del Celeste Imperio. Los fieles a la dinastía de los Ming intentaron organizar la resistencia frente a los manchúes en las provincias del Sur, instalando su capital en Nankín. Esta tentativa no tuvo éxito y, hacia 1650, los manchúes dominaban prácticamente toda China.

La afirmación de los nuevos soberanos se realizó gracias a un sistema de separación de pueblos que reservó para los manchúes las funciones militares y de gobierno, mientras la mayor parte de la población china continuaba igual que en el período anterior. De hecho, la derrota de China había sido principalmente la derrota de la nobleza feudal y de la dinastía Ming. A los campesinos en poco afectó el cambio que se había producido en la dirección del Imperio.

Pintura de la dinastía manchú, procedente de una tumba de la familia Fei-Che-Tao (Museo Guimet, París).



En conjunto, el dominio manchú fue incluso favorable para los hombres del campo, ya que desaparecieron los feudos y la mayor sobriedad de los nuevos conquistadores produjo una considerable reducción en los gastos de la corte, con la consiguiente disminución de impuestos. La pacificación del país y la supresión de las luchas de banderías supuso también un beneficio para la mayor parte del campesinado.

La contrapartida de esta situación viene dada por un nuevo crecimiento demográfico, que no pudo ser compensado por la puesta en cultivo de nuevas tierras, ni por el desarrollo de la agricultura intensiva, a pesar de los esfuerzos realizados en ambos senti-



Plato de porcelana de la dinastía manchú correspondiente a la llamada "familia rosa", en la que, aun derivando de la "familia verde", predominan los tonos rosados más o menos púrpuras o violáceos (Reales Museos de Arte, Bruselas).





Emperatriz y emperador manchúes, según estampa de principios del siglo XVIII (Museo de Berna).

POSIBLES CAUSAS DE LA INEXISTENCIA DE UNA CLASE BURGUESA HOMOGENEA EN CHINA

Los mercaderes y primeros empresarios "capitalistas" no llegan a formar, como en Europa, una burguesía "conquistadora"; posibles causas:

- El peso del Estado: la administración imperial controla e impide a la vez las iniciativas personales; no existen ciudades "francas" y todas se hallan bajo la autoridad del mandarín local, representante del emperador.
- La debilidad de una industria donde los comerciantes puedan reinvertir sus beneficios: la escasez de madera es la posible causa del retraso industrial, pues las forjas no pueden desarrollarse tan rápidamente como en la Inglaterra del siglo XVII.
- El sistema sucesorio, que redistribuye el patrimonio entre todos los hijos y compromete a cada generación en el porvenir de la fortuna. Esta inestabilidad social impide la formación de una clase homogénea.
- La formación de una burguesía china en ultramar (Indochina, Insulindia) con mayores oportunidades de lucro que en el Imperio; la búsqueda de fortuna en el exterior de China se convierte en una oportunidad para los elementos más progresivos.

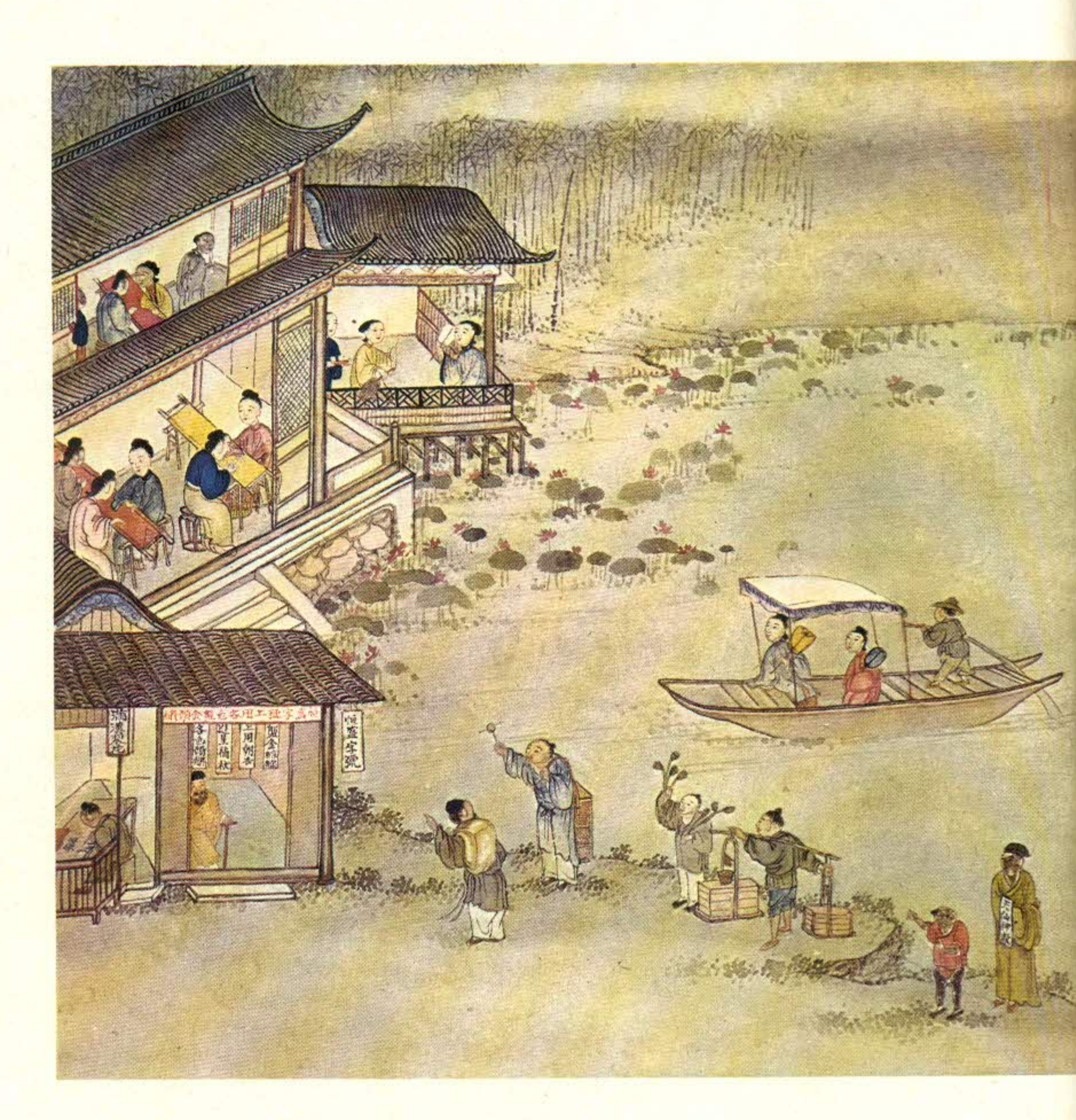
COREA DURANTE LA DOMINACION MANCHU

1623-1637	Sumisión de Corea por los manchúes.
1637	La familia real es hecha prisionera en Kanghwa. Corea se convierte en tributaria del Imperio manchú y por ello debe abandonar su política favorable a la China de los Ming.
1644	Corea, estado vasallo del Imperio chino.
Finales del siglo XVII	Causados por las luchas entre partidos, la mala política financiera, las cosechas insuficientes y las epidemias, los desórdenes aumentan en intensidad.
1671	Año de hambre.
1710-1733	Movimientos campesinos en las diversas provincias de Corea.
1725-1800	Represión de las sublevaciones, reformas y medidas de autonomía.
1749	Epidemia que produce más de medio millón de víctimas.
1797	Navíos europeos en la costa coreana.
1801	Primera persecución de cristianos.
Principios del siglo XIX	Ruina total de Corea por las luchas intestinas, períodos de hambres y epidemias.
1832	Inglaterra intenta en vano anudar relaciones comerciales con Corea. La política de aislamiento se prolongará hasta finales del siglo XIX.

dos. Durante esta época, el campo chino se explotó al máximo hasta transformarlo en una multitud de pequeños jardines donde las plantas alimenticias recibían los cuidados que en otras partes sólo se dedican a las especies ornamentales más delicadas.

La política exterior de este período rompió con la inmovilidad de los últimos Ming. Los manchúes sometieron como vasallos a buena parte de los nómadas de las estepas de Asia Central. En esta empresa, el origen nómada de los emperadores de China y el apoyo facilitado por una política de mutuo acuerdo con el Dalai Lama consiguieron afirmar la soberanía, en teoría al menos, de los emperadores manchúes sobre casi todas las poblaciones budistas desde el Caspio al Pacífico.

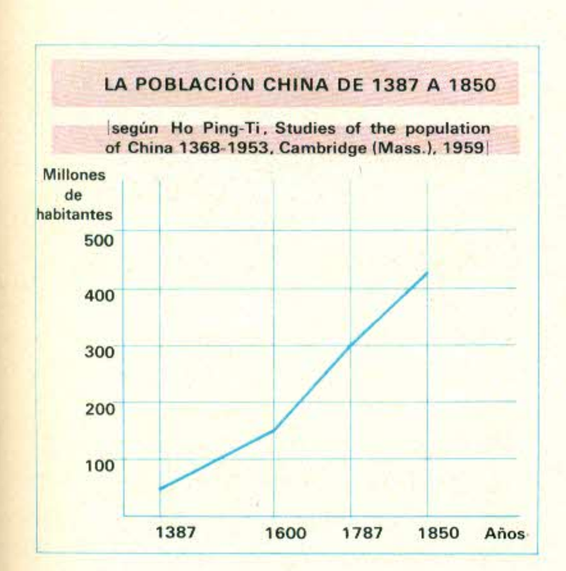
Los comerciantes chinos supieron aprovechar las ventajas que representaba este estado de cosas e hicieron del Asia Central un mercado en el que introducían productos



Tiendas e industrias en el Pekín manchú (grabado conservado en la Biblioteca Nacional de París).

Tetera de porcelana en forma del carácter de la Longevidad (Museo Guimet, París).





manufacturados, armas de fuego especialmente, a cambio del ganado de los nómadas. Fue precisamente a través del incremento del comercio como se produjo el interés de los europeos por la China, si exceptuamos a los misioneros cristianos, jesuitas especialmente, establecidos desde más de cien años atrás.

A lo largo de todo el siglo XVIII continuaron las relaciones entre europeos y chinos. Pero los resultados fueron mínimos. La China resultó refractaria a la civilización oc-

Paisaje, por Wang-Yuan-Ki (1642-1715) (Museo Guimet, París).



Palacio imperial de Verano en la época que, en el Japón, mandaba Hydeyoshi (Biblioteca Nacional, París).

UNIFICACION E IMPERMEABILIZACION DEL JAPON (1567-1651)

1567 Oda Nobunaga, señor feudal relativamente poco importante del centro de la isla Honshu, arrebata a su cuñado la provincia de Mino y se instala en la fortaleza de Gifu.

1568 Nobunaga escoge como residencia la ciudad de Kyoto, capital del Japón.

1573 Nobunaga destituye al último shogun de la casa de los Ashikaga. Ocupa y destruye varios monasterios budistas que habían tomado el partido contrario.

1582 Fin del gobierno de Nobunaga. Ha conseguido dominar la mitad del territorio japonés (norte y centro de Honshu) y ha suprimido las barreras aduaneras entre las distintas regiones del país, favoreciendo la expansión comercial, la unificación y la debilitación de los poderes feudales. Nobunaga muere asesinado, sucediéndole Toyotomi Hydeyoshi.

1582-1598 Política de confiscación de territorios de los señores feudales, que Hydeyoshi reparte entre los jefes de su fiel ejército.

1592 Comienzo de la expedición a Corea.

1592-1593 Fracasos militares en Corea.

1597-1598 El nuevo fracaso en el continente impide a Hydeyoshi proseguir su vasto programa expansivo, consistente en llevar la guerra a la China, Formosa y las Filipinas. Muerte de Hydeyoshi, sucedido por su capitán Tokugawa Iyeyasu.

1600 Batalla de Sekigahara, en que Tokugawa elimina la oposición de parte de los feudales.

1603 Tokugawa se hace proclamar por el emperador "shogun" hereditario. El shogunado se va a mantener hasta la revolución de 1867-68. Fortalecimiento del poder central. La jerarquía estatal está formada por funcionarios nombrados por el shogun, que controlan la administración de los estados, y por espías que vigilan la acción de los señores feudales.

1622-1651 Iemitsu, tercer shogun de la dinastía, consagra la política de impermeabilización del país: condena a muerte a todo japonés que abandone el territorio insular o construya barcos adaptados a largas travesías; sólo permite el acceso al Japón a los holandeses y chinos. Este aislamiento persistirá hasta mediados del siglo XIX.

cidental. Sólo en algunos aspectos técnicos consiguieron influir los jesuitas, que en conjunto fracasaron en sus intentos evangelizadores. En cuanto a los comerciantes, cuyas actividades quedaron limitadas a algunos puertos del Sur, poco influyeron en la cultura china. Cierta occidentalización en la temática del arte chino y el gusto por los motivos orientales en Europa son los resultados más visibles de estas relaciones entre Oriente y Occidente.

A finales del siglo XVIII poco se había adelantado en la aproximación cultural entre los dos mundos. China y Europa eran dos entidades extrañas la una a la otra. Las relaciones en el futuro estarían esencialmente centradas en el uso de la fuerza. El desfase técnico perjudicará a la China, que sólo verá retardado el imperialismo occidental por las disensiones que separarán a los diversos países de cultura europea.

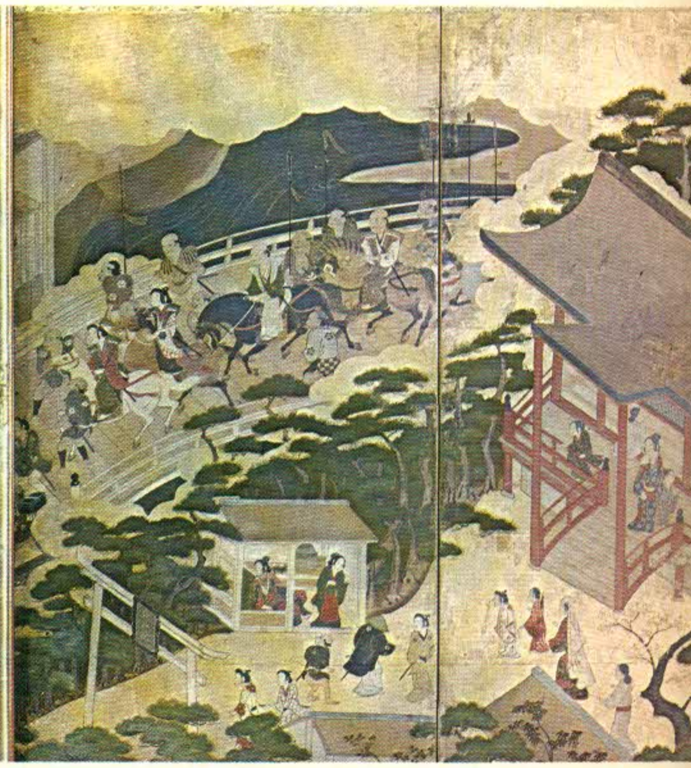
A pesar de varias diferencias de matiz, ciertamente importantes, la sociedad japonesa a partir del siglo XVI presenta un paralelismo con la sociedad medieval del occidente europeo lo suficientemente acusado como para calificarla de sociedad feudal.

Como en Europa, en el Japón existía un soberano, un emperador, al que teóricamente estaba sometido todo el país. Este emperador, o Mikado, está doblado por el Shogun, mayordomo de palacio que usurpa su autoridad. Pero de hecho ni el Mikado ni el



Mujer música, en grabado de Masanoba (Biblioteca Nacional, París).





Aspectos diurnos de Kyoto, la capital del Imperio japonés, representados en un biombo del siglo XVII.



Escena de viaje en la época de Hydeyoshi (Biblioteca Nacional, París).

Shogun pueden hacer efectiva su soberanía. El país está en manos de una multitud de señores territoriales, los daimios, que se apoyan en unos vasallos militares, los samurais. El paralelismo con la Europa medieval es, pues, evidente. Tanto más cuanto buena parte de las posesiones territoriales está en manos de los monasterios budistas, cuyos abades ejercen, además, poderes señoriales. Las clases campesinas están sometidas a la servidumbre, como sus homónimas occidentales.

La economía resultante de esta situación social es, naturalmente, de tipo agrícola, cerrada, y el desarrollo de un sistema de intercambios basado en la moneda, prácticamente imposible.

Durante el siglo XVI, una serie interminable de guerras feudales enfrentan a la multitud de señoríos. A lo largo de este período bélico los grandes señores consiguen asegurarse la fidelidad de sus vasallos y unas cuantas familias van extendiendo sus posesiones a costa de la pequeña nobleza. Hacia 1570, un daimio, Nobunaga, consiguió imponerse al resto de los nobles.

La clave del éxito de Nobunaga estuvo en la organización de un ejército nacional que agrupaba indistintamente a todas las clases sociales del país. Este ejército se apoderó en 1568 de Kyoto. Los grandes daimios de la isla de Hondo se coligaron contra Nobunaga, pero fueron derrotados por éste, quien obtuvo del emperador el título de dainagon (1573), que le confería todos los poderes temporales del Imperio. Aunque el emperador seguía reteniendo los poderes religiosos, la unificación del Japón se había logrado en la persona de Nobunaga. Fue precisamente por el carácter personalista de esta empresa por lo que en 1582, a la muerte del dainagon, toda la política unitaria estuvo a punto de fracasar. No fue así porque uno de los generales de Nobunaga, Hydeyoshi, supo hacerse con la herencia de su antiguo jefe.

LA INTRODUCCION DEL CRISTIANISMO EN EL JAPON

Las primeras predicaciones del Evangelio en Japón las realizó san Francisco Javier entre 1539 y 1551. El desarrollo de las primeras comunidades cristianas entre los nipones fue rapidísimo. En 1557 había más de 100.000 conversos, entre los que se contaban miembros de todas las clases sociales, desde los daimos hasta los más humildes campesinos y pescadores. Los jesuitas podían pensar que, con un número de misioneros adecuado, todo el Japón podía ser ganado para la religión de Cristo en una decena de años. Estos éxitos tan espectaculares, poco comprensibles dadas las diferencias que separan las concepciones religiosas de los japoneses y el cristianismo y el estado de la sociedad nipona en el siglo XVI, han suscitado explicaciones de índole diversa.

El profesor Chaunu, apoyándose en las actividades comerciales que desarrollaron los jesuitas a la vez que realizaban su apostolado, ha intentado dar una explicación de carácter económico a los éxitos del cristianismo en las tierras del Sol Naciente. Los jesuitas, españoles y portugueses en su mayoría, habrían monopolizado el comercio de la seda entre Japón y la China. El tráfico de armas de fuego, arcabuces y mosquetes principalmente, habría estado también controlado por los misioneros. Para garantizar los beneficios económicos derivados de este tráfico comercial y, a la vez, asegurarse el suministro de armas de fuego, preciosas en las circunstancias típicas de la anarquía feudal en que el Japón estaba inmerso, algunos daimos se habrían convertido y ordenado la conversión en masa de sus vasallos. Chaunu habla de un chantaje de la seda, doblado por el chantaje del arcabuz. De esta manera, los jesuitas no sólo habrían utilizado el comercio para sufragar los gastos de las misiones, sino que también se habrían servido de él para forzar las conversiones.

El fracaso final de la obra evangelizadora encontraría una explicación también económica, dentro de esta tesis, en el desarrollo del tráfico comercial entre Filipinas y México, que habría desviado la ruta de la seda del Japón. Con la desaparición de las ventajas económicas que aportaba el cristianismo, los daimos habrían renunciado a él y, después, habrían llegado hasta la persecución.

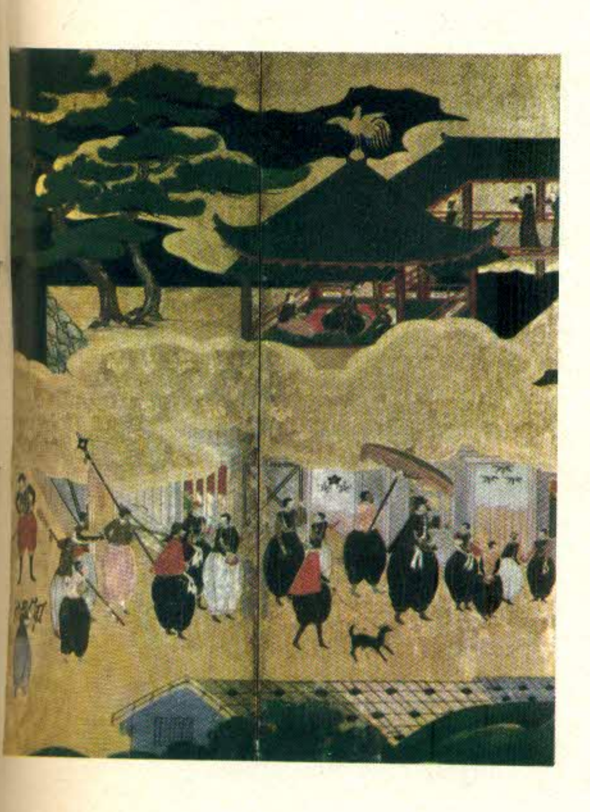
Esta tesis, quizás demasiado simplista, no es aceptada por numerosos especialistas, entre los que se encuentra Mousnier. Las objeciones que se le plantean son de diversa índole. La utilización de armas de fuego no fue privativa de los daimos convertidos al cristianismo, ni puede establecerse un paralelismo geográfico entre la difusión de su uso y la aceptación de los misioneros. Por otra parte, las tropas más selectas, los samurais, siempre fueron reacios al uso de armas de fuego durante las guerras civiles, por considerar que infringían las normas del "Bushido", el código de honor. Parece aventurado establecer una relación de causa-efecto entre las conversiones y el desarrollo del comercio de la seda, y en todo caso faltan datos concretos en los que apoyar esta explicación.

Otros motivos de orden político y religioso pueden contribuir a esclarecer el fenómeno. Los daimos debieron de ver con buenos ojos el establecimiento de los jesuitas en sus señoríos, ya que podían contrarrestar la influencia creciente de los monjes budistas zen sobre sus vasallos. La predicación desarrollada por los jesuitas adoptó una terminología próxima al budismo y no acentuó excesivamente las exigencias dogmáticas y metafísicas. Cierto confusionismo entre las numerosas sectas budistas y el cristianismo pudo favorecer la difusión de éste.

Las razones que explicarían el fracaso final, aceptando en parte las aducidas por Chaunu, estarían en el temor de que al predominio espiritual logrado por los misioneros siguiera la conquista política. Las noticias de la alianza que había existido entre la cruz y la espada en la conquista del Imperio español de América no eran muy tranquilizadoras. Desde luego, los comerciantes protestantes holandeses debieron difundir y aumentar estas teorías con objeto de librarse de la competencia de los jesuitas. Las posibilidades de que el cristianismo pudiera fomentar revueltas contra los señores feudales que no lo habían adoptado fue otro de los motivos de desconfianza. El desarrollo de una nueva versión del confucionismo tradicional, adoptado como religión oficial por numerosos daimos, contribuyó también al fracaso de la cristianización del Japón.

La exposición de las razones citadas anteriormente contribuye a explicar la brillante y corta carrera de las misiones de los jesuitas en el Japón del siglo XVI. Corta carrera, porque desde 1587 se dictaron prohibiciones contra la religión cristiana que, aunque de momento no fueron aplicadas, produjeron los primeros mártires diez años después.

J. F.



Hydeyoshi es uno de los personajes más sobresalientes de la historia del Japón. Su figura aparece envuelta por caracteres de leyenda. Según las tradiciones niponas, Hydeyoshi nació en una familia de campesinos. Su aspecto físico no debió de ser muy agradable, a juzgar por el apodo que le dieron sus compañeros de juegos primero y sus súbditos después: Sarumen Kanja, esto es, "Cara de mono". Sus padres consiguieron que entrase como discípulo en un monasterio budista, pero permaneció poco tiempo entre los monjes, ya que fue expulsado por su indisciplina. Después de cambiar de ofi-

Portugueses que acompañaban a san Francisco Javier al desembarcar en el Japón (detalle de un biombo japonés pintado en el siglo XVI; Museo Guimet, París).



Samurai, grabado de Utagawa Toyokuni (Biblioteca Nacional, París).

cio (treinta y siete veces, según la tradición), entró a formar parte de una cuadrilla de bandidos. Pronto abandonó su nueva profesión, "convencido de que podía robar más mediante la ley que contra ella". Entró al servicio de un samurai, al que en una ocasión salvó la vida. Esta hazaña le permitió ser admitido en la corte de los guerreros. El nuevo samurai se unió a las tropas de Nobunaga y participó en las campañas de éste, con tanta fortuna que llegó a ser uno de los jefes principales de su ejército. Cuando murió Nobunaga, Hydeyoshi se opuso enérgicamente a los conatos de restablecimiento de la anarquía feudal.

Gobernó el país como dictador militar, como taiko, y para consolidar la unificación nacional se propuso canalizar las energías guerreras de los japoneses hacia una política de conquista en el continente asiático. Los planes que Hydeyoshi propuso al Hijo del Cielo eran grandiosos: "Con tropas coreanas y el apoyo de tu ilustre influencia, pienso someter toda la China a mi dominio. Cuando se haya realizado esto, los tres países (China, Corea y Japón) serán uno. Lo haré tan fácilmente como un hombre arrolla la estera y se la lleva bajo el brazo".

La empresa no fue tan sencilla. Aunque los japoneses desembarcaron en Corea y consiguieron ocupar Seul y expulsar a las tropas chinas del sur de la península, la conquista total nunca llegó a su término. Las comunicaciones entre el Japón y el escenario de los combates eran muy difíciles. Las naves de los invasores tuvieron que enfrentarse –por primera vez en la historia de la guerra naval– con embarcaciones cuyos cascos habían protegido los coreanos con planchas metálicas. Las querellas feudales no totalmente acabadas también contribuyeron a debilitar las ansias de conquista de los japoneses. En 1598 murió Hydeyoshi sin que Corea fuese una provincia nipona. La política de expansión continental fue abandonada.

A la muerte de Hydeyoshi, como había sucedido cuando desapareció Nobunaga, los daimios intentaron de nuevo recuperar su independencia. Hydeyoshi antes de morir había hecho prometer a Ieyasu, un antiguo compañero de armas, que haría reconocer como regente a Hideyosi, hijo suyo. Ieyasu derrotó a los daimios rebeldes en Sekigahara, batalla en la que, según las crónicas –probablemente exageradas–, perdieron la vida más de 40.000 guerreros.

Durante la minoría de edad de Hideyosi ocupó el poder Ieyasu. Cuando el hijo de Hydeyoshi estuvo en edad de hacerse cargo del gobierno, Ieyasu se negó a entregárselo, alegando que el juramento que había prestado a su padre adolecía de defectos de forma según el código de honor de los samurais. Estalló una nueva guerra civil entre los dos pretendientes. Hideyosi resultó vencido y tuvo que refugiarse en la fortaleza de Osaka. Su enemigo consiguió asaltarla y acabar con él. Libre de enemigos, Ieyasu se proclamó shogun, inaugurando así la dinastía de los Tokugawa, que gobernó el Japón durante ocho generaciones.

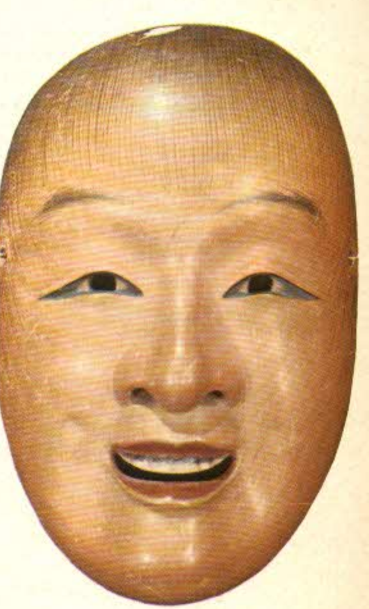
Bajo el shogunato de los Tokugawa se llevó a cabo una auténtica fosilización del régimen señorial japonés. Los daimios –salvo unas pocas grandes familias– quedaron sometidos a la autoridad del shogun. La población quedó dividida en estamentos, de

Bailarinas de un templo. Estampa sobre papel por Harunobo.

acuerdo con las funciones que ejercía: la guerra y el gobierno para la nobleza, la religión para los monjes y el trabajo agrícola para el pueblo llano.

Para apartar a los samurais de sus hábitos bélicos, peligrosos para la estabilidad interna del país, los shogunes estimularon entre esta clase social las actividades literarias y filosóficas. Puede decirse que desde el reinado de Ieyasu "floreció la cultura y decayó el militarismo en el Japón". El desarrollo del teatro y la fructífera rivalidad entre las escuelas de pintura de Kano y de Tosa atestiguaron este florecimiento cultural.

Durante el gobierno de los Tokugawa, el Japón se aisló progresivamente del mundo exterior. En 1614 se prohibió la predicación y la práctica de la religión cristiana en el Japón. Aunque de momento estas órdenes no fueron cumplidas, tras la muerte de Ieyasu se desencadenó una persecución que acabó con las comunidades cristianas japonesas. En 1638, el shogun Ixunitsu ordenó la expulsión de todos los extranjeros y la supresión de todo comercio con ellos. Sólo los holandeses fueron autorizados para mantener una pequeña factoría en Deshima, en el puerto de Norgasakia. De esta manera, el Japón debía permanecer replegado sobre sí mismo hasta 1854, y cuando en esta fecha salió de su aislamiento no lo hizo ciertamente por voluntad propia.



Máscara del teatro Nô, por Deme Tosui (Reales Museos de Arte, Bruselas).

BIBLIOGRAFIA

Durant, W.	*La civilización en Extremo Oriente,* Buenos Aires, 1960. –*La civilización en la India,* Buenos Aires, 1960.
Granet, M.	*La civilisation chinoise,* París, 1929.
Grousset, R.	*Historia de la China,* Barcelona, 1958.
Ienaga, S.	*History of Japan,* Tokyo, 1959.
Owen, E. L.	*Breve historia de China,* Buenos Aires, 1950.
Tsui Chi	*Historia de China y de su civilización milenaria,* Barcelona, 1962.



Paseo a orillas del agua, grabado de Hokusai (Biblioteca Nacional, París).